

DON ENRIQUE LUQUE, CIRUJANO Y ACADÉMICO

JOAQUÍN CRIADO COSTA
ACADÉMICO NUMERARIO

De niño, oí hablar muchas veces de Don Enrique Luque a las gentes sencillas de mi pueblo. Toda la provincia conocía, admiraba, respetaba y tenía fe médica en Don Enrique.

Cuando en 1953 mis padres me trajeron de San Sebastián de los Ballesteros a un internado de la capital que acababa de abrir sus puertas en las faldas de la sierra, tuve ocasión de conocerlo personalmente y desde entonces me trató afectivamente de “nieto”, ya que a mi padre, el menor de cinco hermanos, lo consideraba un hijo al haber sido compañero de universidad de mi tío, el mayor de los cinco, con el que le unía una fraternal amistad, acrecentada por las circunstancias de llevar ambos el apellido Luque y de ejercer los dos la medicina.

Ese ambiente de familiaridad se hizo más notorio al ser amigo y compañero, en las aulas del colegio La Salle, de Ignacio, el benjamín de sus hijos.

Por aquellos años el doctor Luque Ruiz era un médico de prestigio, sobrino y yerno del no menos prestigioso cirujano Don Emilio Luque Morata, del que había heredado la responsabilidad del sanatorio “La Purísima” —hoy desaparecido—, en el que ejercía su profesión, haciéndola compatible con sus tareas médico-quirúrgicas en el entonces llamado Hospital de Agudos, ubicado en el Palacio del Cardenal Salazar que alberga en nuestros días a la Facultad de Filosofía y Letras.

Era Don Enrique una persona amable, un padre, un hermano, un amigo para los enfermos, a los que trataba por igual ya fueran ricos potentados o desheredados de la fortuna. Esa fue la base de la amplia labor benéfica del doctor Don Enrique Luque, que ocupó largamente el decanato del Cuadro Médico de la Asociación de la Prensa cordobesa.

Quizá como consecuencia de no existir por entonces lo que hoy se llama orientación vocacional y profesional, llegué a matricularme de primer curso de la licenciatura en Medicina y Cirugía en la Universidad Complutense, al ser destinados mis padres a la villa del oso y el madroño. En el Madrid de los últimos años de

la década de los cincuenta, fui discípulo de los prestigiosos maestros Fernando de Castro –de tendencias anarquistas y un sabio de la Histología–, José M.^a del Corral –fisiólogo y bioquímico de renombre heredado de su padre– y Francisco Orts Llorca, catedrático de Anatomía Humana y Técnica Anatómica, que había sido compañero de estudios y conservaba una gran amistad con Don Enrique. El profesor Orts Llorca, por esta causa, me distinguió siempre y me llamó a ocupar una plaza de alumno interno en su departamento. Supe por él que “Enrique Luque estaba hecho de la mejor madera de médico”. Supe por otros canales que el eminente doctor Carlos Jiménez Díaz, alma de la prestigiosa clínica de la Concepción, tenía dicho que en caso de tener que someterse a una operación quirúrgica preferiría que la tal intervención se llevara a cabo con las manos del cirujano Luque Ruiz; y que el doctor Segovia, el que fuera fundador material de la acreditada Clínica de Puerta de Hierro, manifestaba con frecuencia que Don Enrique Luque nunca debió haberse quedado en Córdoba, ya que su talento de médico y sus manos de cirujano tenían reservado un puesto en más altas esferas. Tal era el crédito profesional de que gozaba el doctor Luque Ruiz dentro y fuera de nuestra provincia.

Cuando en el año 1968 volví a Córdoba y prontamente fui incorporado a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, tuve entre mis ilustres compañeros al doctor Luque, Don Enrique Luque, que gozaba de bien merecida fama de ameno conversador y endulzaba las sesiones académicas con sus característicos bombones y caramelos. En realidad, ésta era una más de las manifestaciones externas de su exquisita finura espiritual.

Como ejerce profesionalmente en el antañón edificio del antiguo Hospital del Cardenal Salazar, que había sido en tiempos “su” Hospital, el Provincial o de Agudos, fui testigo de las numerosas visitas que Don Enrique hacía al edificio que tanto recuerdos le debían de traer, sin duda, pues conocía la historia y mil anécdotas de los mil rincones de aquella casa, historia y anécdotas que mil veces le oí relatar, ora en el interior del edificio –ya convertido en Facultad de Filosofía y Letras–, ora mientras bebíamos unas cañas de cerveza en “El Churrasco” de Rafael Carrillo, ora degustando las exquisitas tapas de la taberna de José Jiménez Aroca, el tan conocido y acreditado cocinero “Pepe el Feo” o “Pepe el Serio” o “Pepe el de la Judería”. Este sentía verdadera admiración y hasta veneración por quien durante tantos años había sido su cliente, su vecino de trabajo y el director del Hospital. De ahí la amistad con que siempre me distinguió Pepe, conocedor de la que me unía con Don Enrique y de las hondas relaciones familiares de los Luque y los Criado. El célebre y recordado tabernero me refirió durante años otras mil anécdotas de la capacidad médica y quirúrgica y de las elevadas dotes humanas del doctor Luque Ruiz.

Aún existe en el primer patio del antiguo Hospital de Agudos un precioso y enorme magnolio que plantó el propio Don Enrique muchos años antes y del que yo le hacía, siempre que nos honraba con su visita, el obsequio de una blanca y olorosa magnolia si era tiempo de ellas. El médico la agradecía con la inocencia y sencillez del hombre de bien que era.

La Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales –que yo presidía– y la de Amigos de los Castillos –en la que él ocupó la presidencia durante unos

años— fueron otros marcos que permitieron intensificar mi relación con el Académico cirujano. Hicimos viajes comunes, visitamos lugares de la provincia y de otras limítrofes, frecuentemente de la mano de otro prócer cordobés, el profesor Castejón y Martínez de Arizala, que durante veinte años rectoró la Real Academia cordobesa.

Cuando una terrible enfermedad se ensañó en él, que tantas había remediado y curado, obligándole a no salir apenas de casa, seguimos manteniendo periódicos contactos, pues semanalmente me telefoneaba para saber de la labor académica y de los amigos comunes. Con este gesto que le honraba me sentía yo asimismo muy honrado.

Con cierta frecuencia iba a visitarlo a su casa de la calle Valladares, un hermoso palacete preñado de obras de arte. Don Enrique agradecía con su característica amabilidad aquellas visitas —que coincidían a veces con las que le hacía su buen amigo Don Baldomero Moreno— y demostraba siempre su hondo sentido de la hospitalidad.

Tras un antológico almuerzo con numerosos Académicos andaluces en el desaparecido restaurante “Chaplin” de Antequera, en febrero de 1983, me decidí a fundar la Academia Cordobesa de Gastronomía con un grupo de amigos, dándole el carácter lúdico que debe caracterizar a estos colectivos.

Con tal motivo visitamos a Don Enrique Luque el pediatra Don Antonio Arjona y yo. Fue una tarde de amigos. Don Enrique se mostró muy complacido con la idea, nos animó, nos prestó su total apoyo y se ofreció para ser uno de los fundadores de la Academia como asociación cultural, al mismo tiempo que propuso igualmente para miembro fundador a Don Baldomero Moreno, sugiriéndonos el volver otro día en que el empresario cordobés fuera a visitarlo. Así lo hicimos y la Academia Cordobesa de Gastronomía se honró desde sus primeros momentos con estas dos personalidades tan destacadas, aunque por distintos motivos, en la vida cordobesa.

Podríamos seguir con otros muchos testimonios del bien hacer y de la amistad que dispensaba a raudales el Académico y cirujano Don Enrique Luque Ruiz, ya desaparecido y gozando de Dios por las innumerables virtudes que lo adornaron en vida, pero valgan los expuestos.

Como últimamente he visitado con asiduidad la madrileña Clínica de Puerta de Hierro, he coincidido en ella con no pocos médicos que habían conocido al cirujano cordobés, entre ellos mi antiguo compañero y viejo amigo el doctor Téllez de Peralta, ilustre cardiólogo, hijo de un afamado cirujano pacense, quien más de una vez me ha dicho que “por allí abajo había dos grandes médicos: Don Enrique en Córdoba y mi padre en Badajoz”.

Don Enrique Luque no dejó una extensa obra escrita, pero sí escribió con varia pluma sobre cuestiones médico-quirúrgicas, sobre la vida profesional de su tío y suegro el doctor Don Emilio Luque Morata, sobre el castillo de Névalo o sobre la batalla de Poitiers, por citar sólo algunos de los temas.

Con sus escritos y con su vida enseñó muchas cosas, pero sobre todo enseñó a desarrollar el propio trabajo con verdadera unción, a entregarse de lleno a los demás, a ser amigo de todos desde la comprensión, desde la tolerancia y hasta desde el perdón. Como Santo Tomás de Aquino, hizo el bien a todos, incluso a

quienes no se lo merecían. Y es que hay un gran paralelismo entre la vida del “Doctor Angélico” y el Doctor Luque Ruiz.

Descanse en “su” paz —que es la de Dios—, la que tanto prodigó, quien ejerció la medicina con sabiduría, justicia y caridad, quien ejerció de humano con largueza para la salud de los hombres.